

LYNN
WEINGARTEN

NOTAS
SUICIDAS
DE
CHICAS
HERMOSAS

GRANTRAVESÍA

LYNN WEINGARTEN

NOTAS
SUICIDAS
DE
CHICAS
HERMOSAS

GRANTRAVESÍA

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares e incidentes son producto de la imaginación del autor, o se usan de manera ficticia. Cualquier semejanza con personas (vivas o muertas), acontecimientos o lugares de la realidad es mera coincidencia.

NOTAS SUICIDAS DE CHICAS HERMOSAS

Título original: *Suicide Notes from Beautiful Girls*

© 2015, Lynn Weingarten

Publicado según acuerdo con Lennart Sane Agency AB

Traducción: Mercedes Guhl

Diseño de portada: Jorge Garnica / La Geometría Secreta

Fotografía de Lynn Weingarten: © Aaron Lewis

D.R. © Editorial Océano, S.L.

Milanesat 21-23, Edificio Océano

08017 Barcelona, España

www.oceano.com

www.grantravesia.es

D.R. © Editorial Océano de México, S.A. de C.V.

Blvd. Manuel Ávila Camacho 76, piso 10

11000 México, D.F., México

www.oceano.mx

www.grantravesia.com

Primera edición: 2016

ISBN: 978-84-944310-6-7

Depósito legal: B-15076-2015

Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso del editor. Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

HECHO EN MÉXICO / IMPRESO EN ESPAÑA

MADE IN MEXICO / PRINTED IN SPAIN

Capítulo I

Había olvidado lo que era estar tan sola. Me pasé los diez días de las vacaciones de Navidad conduciendo. Dejé atrás las casas medio derruidas de mi vecindario, luego las mansiones unos cuantos kilómetros más adelante, de camino a las colinas, y después de regreso por zonas de tierra llana y fría. Siguiendo el río Schuylkill y el Delaware para arriba y para abajo, puse la radio a todo volumen y canté a pleno pulmón. Necesitaba oír una voz humana, y la mía era mi mejor opción.

Pero las vacaciones ya han terminado y voy camino de la escuela desde el aparcamiento más alejado, y estoy feliz de estar aquí en este momento, porque me siento muy contenta de que hayan acabado. Ya sé que se supone que me deberían gustar las vacaciones, pero estaba muy sola, eso fue lo que sucedió, como si flotara a la deriva en el espacio, sin nada que me atara.

Mi teléfono vibra en mi bolsillo. Lo saco. Es un mensaje de texto de Ryan, a quien no he visto porque regresó justo anoche: A propósito, te he traído una cosa de Vermont para regalarte. Y un segundo después: No es herpes.

Le contesto: Qué bien, porque sería muy extraño que los dos hubiéramos traído el mismo regalo.

Hago clic en enviar con un dedo congelado. Veo que de mi sonrisa se escapan nubecitas tibias de vapor.

Entro en mi clase, y Krista me mira como si hubiera estado esperándome.

—¡Dios mío, June! —exclama. Tiene los ojos medio cerrados, y en lugar de sus habituales lentes de contacto lleva un par de gafas de montura roja—. ¿Es médicamente posible que aún tenga resaca de la fiesta del martes? ¡Eso fue hace dos días! —quita su gran bolso anaranjado del pupitre que tiene a su lado para que me pueda sentar.

—Dadas las circunstancias, creo que es perfectamente posible —respondo. Me sonrío dando a entender que considera un cumplido lo que he dicho.

Lo único que hice aparte de andar en mi coche de un lado a otro durante las vacaciones fue ir a una fiesta en casa del novio de Krista, lo cual resultó un poco extraño porque no somos amigas cercanas ni nada parecido. Pero supongo que es porque a veces hablamos en clase y ninguna de las dos tiene muchas otras opciones. Cuando recibí su mensaje de texto para invitarme a la fiesta, llevaba tantos días sola que acepté sin miramientos.

Rader, su novio, vive a unos 35 minutos de aquí, justo en los confines de Filadelfia, en un piso hecho polvo que comparte con amigos. Es mayor, y también sus amigos. Algunos ya tienen veintitantos. En la fiesta había sobre todo tíos, y el aire estaba denso, con diversas clases de humo. Cuando llegué, Krista ya estaba fuera de combate y se dirigía a la habitación de Rader, sentí que todos esos tíos me miraban de arriba abajo. Entonces entendí por qué había sido invitada:

no por ella, sino para ellos. Me pasé toda la fiesta recostada contra una pared sin apenas hablar con alguien en serio, viendo todo como si fuera una película.

—Rader me pidió que consiguiera tu teléfono para dárselo a Buzzy —me dice y se restriega los ojos.

No tengo ni idea de quién es Buzzy. A lo mejor es el tipo alto que entró mil veces en el cuarto de baño para salir luego aspirando y limpiándose la nariz; o el que tenía las letras *A S S S* tatuadas en los nudillos; o el de la camisa de terciopelo que estuvo preguntándome si quería tocarla (pero yo no quería) y que trató de verter un chorro de tequila en el acuario (yo lo impedí).

—Tengo novio —contesto.

—¿Qué? ¿Quién?

—Ryan Fiske.

Krista levanta las cejas, como si estuviera tomándole el pelo.

—En serio — le digo.

Niega con la cabeza.

—No jodas.

Me encojo de hombros. No me sorprende que le cueste creerlo. Llevamos poco más de un año de novios, pero casi nadie lo sabe. Supongo que no parecemos la típica pareja perfecta: “el uno para el otro”.

—Jamás habría pensado que saldrías con alguien tan... tan *normal* —Krista lo dice en tono peyorativo.

—Bueno, no lo conoces —digo yo. Pero lo cierto es que es un tipo normal. Y eso, de alguna forma, es un alivio.

Ryan es una de esas personas que puede encajar en cualquier grupo social sin hacer el menor esfuerzo. En todas partes parece sentirse cómodo, y es alto y guapo y aunque no sea precisamente del tipo que una preferiría, es imposible no

apreciar la estructura ósea de su rostro y reconocer que todo lo tiene en su sitio.

Ryan es un poco de todo, supongo que ése es el punto. Y yo no sé bien qué soy. No creo que mucha gente se detenga a pensarlo tampoco y, para mí, está bien así.

—Espero que, al menos en confianza, sea un poquito raro —dice Krista, y guiña un ojo y suelta un gemido de dolor—. Mis ojos aún no están en condiciones de hacer guiños.

Un momento después, empiezan los anuncios del día: *Buenos días, alumnos y profesores del Instituto North Orchard. ¿Serían tan amables de prestarme su atención?*, es la voz del subdirector Graham. Se detecta algo extraño en ella. Me enderezo y escucho: *Con el corazón acongojado por la tristeza, tengo que darles malas noticias: durante las vacaciones de invierno ha habido un fallecimiento entre nuestros compañeros de North Orchard.* Se aclara la garganta. Y en ese momento dejo de respirar. Creo que todo el mundo lo hace. En ese momento podría ser cualquiera de nosotros. *La alumna de último año, Delia Cole, murió ayer. La señorita Dearborn y el señor Finley, junto con el resto del personal de asesoramiento, estarán a disposición de todos los que necesiten hablar del tema: asimismo, la puerta de mi oficina permanecerá abierta. En estos difíciles momentos, nuestros pensamientos y plegarias piden por los amigos y familiares de la estudiante Cole.*

El altavoz enmudece. Y luego no hay más que silencio, y el timbre de la campana. El día escolar acaba de comenzar oficialmente.

Mi cabeza se desprende de mi cuerpo. Se eleva y flota hacia la puerta, yo la sigo.

—Ni siquiera ha dicho lo que ha pasado —susurra alguien—. ¿Qué ha podido ser? —parecen confundidos, como si su muerte fuera algo muy poco probable.

Pero no tengo dificultades para imaginarme un millón de maneras en las que Delia pudo haber muerto. A lo mejor trepó al viejo puente clausurado que se eleva sobre la presa y se alejó hasta la parte podrida, más allá del anuncio que dice *Prohibido el paso*. O a lo mejor estaba en el tejado de la casa de alguien, mirando una luna muy brillante, y se inclinó sobre el borde por más que le suplicaron que no lo hiciera. A lo mejor atravesó una carretera con los ojos cerrados, jugando a ser la más valiente, como solía hacerlo, y exhaló su último suspiro entre un bocinazo estertóreo, una oleada de adrenalina y una repentina luz cegadora.

Ryan me espera afuera de mi clase. Nos miramos a los ojos y él se queda allí, paralizado, como si no supiera bien qué cara poner. Y yo tampoco, porque mi rostro ya no parece ser el mío. Empiezo a acercarme a él hasta que tira de mí para abrazarme. Sus brazos son fuertes y cálidos, como siempre, pero en este momento apenas logro sentirlos.

—Yo... —empiezo a decir, y guardo silencio porque mi cerebro no encuentra palabras, y no tengo nada más que aire en la cabeza.

—Es un absurdo —dice Ryan. Niega con la cabeza. Me pasa por la mente que es la primera vez que uno de los dos ha mencionado a Delia en más de un año. Pensaba que en algún momento lo haríamos, y que sería raro cuando sucediera.

Atravesamos el campus y Ryan me deja en la puerta del área de inglés y literatura, donde tengo mi siguiente clase. Se inclina para abrazarme de nuevo. Siento el nailon de su chaqueta frío y liso contra mi mejilla.

Cuando nos separamos, está mirando hacia el suelo.

—No puedo creer que esto haya sucedido.

Pero el hecho es que, ahora que ha ocurrido, parece como si fuera lo que tenía que ser. Como si todo este tiempo Delia se nos hubiera adelantado, muerta, y sólo hasta ahora hubiéramos empezado a notarlo.

—Tal vez sonará raro que lo diga ahora, pero de verdad que te he echado de menos —dice él.

Y sé que en una versión diferente del mundo en el que estamos ahora, esa frase me hubiera producido un escalofrío de placer por toda la médula. Así que contesto:

—Y yo a ti —pero eso de estar sin él todas las vacaciones y lo demás que ha sucedido antes de este momento parece muy muy lejano. No logro recordar qué se siente al echar de menos a alguien, no consigo avivar sentimiento alguno.

Capítulo 2

Asistí a todas mis clases pero mi cerebro no registró información alguna. Todo me importó menos que de costumbre.

Acabo de comer. Estoy en el baño, frente a un lavabo. Tres lavabos más allá hay dos chicas, de tercer año, igual que yo. No las conozco mucho, pero sé sus nombres: Nicole y Laya. Nicole siempre lleva unos enormes aros plateados en las orejas y Laya se peina estirándose tanto el cabello para recogerlo en una coleta que parece que el rostro se le fuera a rasgar de tensión. Se están pasando una a otra un delineador.

En realidad no les estoy prestando mucha atención, ni a ellas ni a nada, hasta que se oye un zumbido: Laya acaba de recibir un mensaje en su teléfono. Medio segundo después, su voz chillona grita:

—No puede ser.

Levanto la vista. Nicole se está pintando un párpado inferior, tirando de su mejilla hasta hacer visible la parte rosada bajo el párpado.

—¿Qué pasa?

Aunque no tengo ni idea de lo que Laya va a decir, mi corazón decide jugar a ser adivino y empieza a latir con furia.

—Sabes que el hermano mayor de Hannah está estudiando para policía, ¿verdad?

Nicole asiente, y su cabeza se bambolea como si pesara demasiado para su delgado cuello.

—¿Y te diste cuenta que no dijeron cómo murió Delia? Bueno, Hannah dice que es porque... —Laya hace una pausa, para crear suspense y soltar algo sustancioso—: fue un suicidio.

A través de la niebla del vacío, mi estómago se hunde en caída libre, mi corazón deja de latir. Me inclino hacia el frente como si me hubieran dado un puñetazo.

Nicole se vuelve hacia Laya.

—¡Guau!

—¡Ajá! En año nuevo.

—¡Qué cosa más triste! —Nicole parece emocionada—. ¿Y cómo fue?

—El hermano de Hannah no le ha dado detalles —Laya se encoge de hombros.

—Una vez leí por ahí que las mujeres, las chicas, como sea, suelen usar pastillas y, no sé, pero creo que puedo imaginármela... —Nicole se mete dos dedos en la boca, y luego deja caer la cabeza hacia un lado y saca la lengua.

El agua cae con fuerza en el lavabo y me salpica la blusa. Creo que voy a vomitar.

—Siempre me pareció que estaba un poco chiflada —dice Laya.

—Volada del todo. Como cualquiera de esas celebridades que hacen locuras, sólo que ella no era famosa.

—Exacto... o sea... famosa sólo en su cabeza.

El lavabo que tengo ante mí se ha llenado y el agua se desborda hacia el suelo.

Me encaro con ellas. Algo dentro de mí echa chispas y se enciende.

—Dejad de hablar así de ella —intento impedir que me tiemble la voz. Se vuelven hacia mí, como si en ese momento se hubieran dado cuenta de que existo—. Parad de una puta vez.

—Hola, disculpa... —dice Nicole—, ésta es una conversación privada. Además, ¿acaso tú y ella erais amigas?

—Sí, éramos amigas —respondo.

—Ah, lo siento —dice Laya. Por un instante parece sincera. Las dos intercambian una mirada y se dirigen a la puerta sin decir más. Son amigas íntimas, no necesitan hablar para comprenderse. Las veo alejarse. Siento que algo se me encoge en el pecho, y que mis ojos se tensan. Las lágrimas amenazan con brotar, pero aprieto los dientes y logro detener su caída.

El hecho es que, cuando dije que Delia y yo éramos amigas... bueno, no estaba siendo completamente honesta.

Si hubiéramos seguido siendo amigas, cuando hace dos días vi su nombre parpadeando en la pantalla de mi teléfono por primera vez desde hacía más de un año, en lugar de ni siquiera molestarme en oír su mensaje, hubiera aceptado la llamada. Habría oído su voz, y habría sabido que algo andaba mal. Entonces, sin importar lo que pudiera estar planeando, la habría frenado en seco. Habría podido detenerla.

Capítulo 3

Un año, 6 meses y 4 días antes

Era un alivio saber que no tendría que explicar nada. Que no tendría que decir ni una palabra acerca de ese dolor en el pecho, de ese vacío en el estómago, de por qué sentía eso y lo poco que quería hablar al respecto... Delia se daría cuenta de todo. Igual que siempre.

June se imaginó lo que Delia iba a decir, tal vez algo como *Los padres... que se vayan a la mierda...* o *Sólo la gente aburrida tiene una vida perfecta*. Delia lograba que sintieras que las cosas que no tenías fueran cosas que en realidad no querías tener. Hasta ese punto lograba cambiar el mundo.

Eso era lo que June esperaba, de pie bajo el sol del verano, aguardando a que Delia arreglara la situación.

Delia inclinó la cabeza a un lado, como si estuviera meditando algo. Pasó los dedos entre sus bucles para colocarlos tras su oreja, se arremangó sus pantalones cortos, y estiró el brazo para coger la mano de June. La apretó con fuerza, pero guardó silencio. Sonrió y movió las cejas.

Y luego empezó a correr.

Y como sujetaba la mano de June con fuerza, y ésta continuaba en su brazo que estaba pegado a su cuerpo, June no tuvo más alternativa que correr con ella. Al principio tropezó, y la adrenalina le corrió por las venas cuando se vio caer, pero consiguió enderezarse. Delia iba delante de ella, con el brazo hacia atrás, corriendo por el descampado desierto, las piernas sin dejar de moverse, tirando de June todo el tiempo.

—¡Espera! —suplicó June—. ¡Por favor! —calzaba sandalias que hacían ruido sobre el césped, hasta que por accidente una quedó atrás—. ¡Mi sandalia!

Pero Delia no se detuvo.

—¡A la mierda tu sandalia! —gritó Delia.

¿Qué podía hacer? Se quitó la otra y empezó a mover las piernas con ritmo feroz. ¿Cuándo había sido la última vez que había corrido lo más rápido que podía?

—¿Adónde vamos? —gritó June.

—Sólo estamos corriendo —contestó Delia con alaridos. Los árboles pasaban veloces como si volaran por el aire.

El vacío en el estómago de June se disolvió, le corrió el sudor por la espalda, sus pulmones parecían a punto de estallar. Pero siguieron adelante, aturcidas y sin aliento, y los trozos de vida de June iban cayendo uno a uno, quedándose atrás hasta que ella no fue más que un par de piernas en movimiento, brazos, un corazón, una mano, una mano que alguien sostenía. Un cuerpo, que se tropezaba, que se tambaleaba y casi caía. Sólo que ella no iba a caer, ésa era la cuestión. Delia no lo permitiría.

Capítulo 4

Después de clases me reúno con Ryan afuera, frente al instituto, y lo sigo a su casa, como cualquier otro día. Allí es donde siempre vamos, aunque en mi casa nunca hay nadie a esa hora y en la suya suele haber gente, y se supondría que queríamos estar solos.

Ryan me rodea con su brazo al entrar al enorme y amplio vestíbulo. La familia de Ryan tiene dinero. Por alguna razón no me di cuenta de eso cuando empecé a venir a su casa. Sabía que era más bonita que la mía, que era más agradable estar allá, en ese hermoso y amplio espacio, que en cualquier rincón de mi casa, pero no más. Delia fue la que me lo explicó la única vez que vino. Él estaba fuera de la habitación y ella se inclinó por encima del borde del gigantesco sofá de piel y me miró con los ojos desorbitados, intensamente, de esa manera que sólo era posible cuando ya estaba borracha.

—Mierda, June —exclamó. Tenía en sus manos una de las suaves mantas que cubrían el sofá, y la acariciaba como si fuera un conejito—. ¿Por qué no me dijiste que tu amorcito es millonario? —pero las cosas ya se habían puesto un poco raras entre las dos, así que no respondí con la frase que tenía en la

cabeza: *Espera, ¿lo dices en serio?* Tan sólo me encogí de hombros, como si no me pareciera nada importante.

Ahora estoy en ese sofá y Ryan se ha ido a la cocina. Alcanzo a verlo desde donde me encuentro.

—¿Estás segura de que no quieres nada? —abre el congelador—. Puede ser que te sientas mejor si comes.

Niego con la cabeza. Estoy hundida bajo el agua.

Mientras Ryan pone algo en el microondas, miro el teléfono que tengo en mis piernas, al pequeño icono de la pantalla: el mensaje de voz de Delia que aún no he escuchado. No he sido capaz de mencionarlo siquiera.

El microondas timbra para avisar que ha terminado, Ryan saca su plato, lo trae al sofá y se sienta a mi lado. Saca su ordenador y se lo pone sobre las piernas, para abrir el sitio web Kaninhus, que en sueco quiere decir “casa del conejo”. Básicamente, es un tipo de Suecia que tiene dos conejos que viven en una especie de corral, y hay una cámara filmándolos todo el día. Ryan me los enseñó cuando empezamos a salir. *De verdad, de verdad me gustan estos conejitos, en serio*, dijo, casi como si le avergonzara, y a mí me pareció encantador. Me dijo que sus amigos podrían pensar que era una cosa muy rara (sus amigos tienen unos estándares extraordinariamente bajos para lo que puede considerarse raro). Los conejitos no hacen mucho más que olfatear por ahí, mover su naricita y comer lo que encuentran. Hablamos mucho de ellos, como si fueran reales y tuvieran esperanzas y sueños y complejas vidas interiores.

—¡Hola, Adi! ¡Hola, Alva! —les dice a los conejos que ve en el monitor. Lo dice fingiendo un terrible acento nórdico, que es otra de nuestras cosas de pareja—. ¿Cómo estáis hoy, conejitos? —uno de los conejos está comiendo en un platito. El otro está dormido.

Supongo que Ryan está tratando de distraerme, de alejar mi mente de ciertas cosas, como si fuera posible. O quizás es que no sabe cómo hablarme de ella, o de todo este asunto. La verdad es que yo tampoco.

Lo que pienso es que no me siento bien aquí, mirando a los conejos, mientras Delia está muerta.

Y pienso que ella diría: *Estoy muerta, ¿qué me importa? Quédate mirando a esos conejos de mierda si quieres*. Y luego, torcería la boca, como hacía siempre que sabía que estaba haciendo algo impertinente.

—¿Cómo va tu guion, Adi? —pregunta Ryan.

Normalmente yo me uniría a la conversación preguntándole a Alva por sus poemas o algo así (porque jugábamos a que los dos eran escritores frustrados en un retiro para literatos en Suecia). En lugar de eso, siento que voy a estallar con todo lo que no he dicho sobre Delia.

—Escuché que no fue un accidente —no puedo más. Mi boca se abre y las palabras salen a trompicones.

Ryan se da la vuelta muy despacio. La sonrisa ha desaparecido de su rostro.

—Espera un momento. ¿Quieres decir que...?

Asiento con la cabeza.

—Que se mató.

—Por Dios. ¿Cómo?

—No lo sé, pero hay algo más —mi corazón late apresurado. Necesito sacarme esto de encima—: me llamó hace dos días —y odio tenerme que oír diciendo esto. Odio tanto que sea cierto—. Pero no contesté. Me dejó un mensaje de voz. No lo oí en ese momento porque yo... —guardo silencio. No lo escuché porque no me sentí capaz. Porque me había esforzado tanto en sacármela de la mente.

—¿Y qué dijo? —me pregunta.

—Todavía no lo he escuchado.

Ryan exhala lentamente.

—Tal vez no hace falta que lo hagas —dice—. A lo mejor sólo sirve para empeorar las cosas.

—¿Pero cómo pueden empeorar más?

Mueve la cabeza, mira hacia abajo, y después se estira hacia atrás y me extiende los brazos de esa forma que me fascina cuando soy capaz de sentir algo. Ahora me resulta imposible.

Me dejo arrastrar hacia él, y me abraza con fuerza. Nos quedamos así hasta que se abre la puerta principal, unos minutos después, y entran su madre y Marissa, su hermana. Nos sobresaltamos, yo me pongo de pie.

—¡Junie, querida! —la madre de Ryan me dirige una enorme sonrisa—. Te echamos mucho de menos en Navidad —deja sus llaves y su bolso de marca en la mesa de la cocina.

Su hermana me saluda con la mano mientras va subiendo las escaleras.

—Marissa me ha contado lo que ha sucedido hoy en la escuela —dice la madre de Ryan. Frunce el ceño—. ¡Qué tristeza! ¡Qué pérdida más trágica! ¿Alguno de vosotros conocía a la chica?

No quiero que la señora arme un espectáculo, como sé que haría si se enterara de la verdad.

—Yo la conocía un poco, hace tiempo —digo—. Pero últimamente no hablábamos.

—Ay, querida, en todo caso es horrible. Lo lamento mucho —dice.

Se acerca y me da un abrazo. Sé que si lo prolonga demasiado, voy a derrumbarme del todo, porque de repente me doy cuenta de que a duras penas logro mantener la calma.

Me desprendo torpemente de su abrazo.

—Tengo que ir al baño —necesito salir de aquí. Siento la mirada de Ryan sobre mí.

Una vez que estoy a salvo, abro el grifo y me deslizo hasta el suelo, con la espalda contra la puerta. Saco mi móvil del bolsillo y marco el número para escuchar los mensajes de voz.

No puedo esperar más. Sostengo la respiración.

Primero, la grabación automática: *Mensaje recibido el martes 31 de diciembre a las 3:59 pm*, y después, Delia. *Hola, June, soy yo, tu vieja amiga*, su voz suena a la vez completamente familiar y como si jamás la hubiera oído en mi vida. *Llámame cuando puedas, ¿vale?*, hace una pausa. *Hay algo que quiero contarte.*

Y eso es todo. Todo lo que hay.

De repente, siento el filo de la puerta hundiéndose en mi espalda. Alguien está tratando de entrar.

—Un momento —digo, y se me quiebra la voz.

Deslizo el teléfono de nuevo a mi bolsillo, me pongo de pie tambaleando. Me echo agua en el rostro y me la seco con una de sus toallas perfectas.

Suponía que habría algo en su voz que le diera sentido a todo esto, pero no hay nada más que la Delia de siempre. No parece alguien que estuviera preparándose para morir.

Pero sí lo estaba. Era el día anterior, y ya debía saberlo. ¿Acaso llamó para contármelo? ¿Me llamó para que lo im-pidiera?

Abro la puerta. Marissa está en el pasillo, sonriéndole a su teléfono.

—Perdón —dice cuando me ve—. Pensé que estabas con Ryan. Está en su habitación.

Camino hacia el extremo del pasillo. Me está esperando en su cama, con su colcha de cuadros azules hecha un amasijo tras de sí.

—¿Lo has oído? —pregunta.

Asiento con la cabeza.

—Decía que había algo que quería contarme. Pero eso es todo. Siempre le gustó dejar a los demás en suspenso. Supongo que así me quedaré para siempre —trato de emitir una carcajada. A Delia le hubiera gustado ese chiste. Pero la carcajada se atasca en el camino y sale algo entre una tos y un sollozo. No voy a permitirme llorar. No puedo—. No lo entiendo —murmuro.

Ryan mueve la cabeza de lado a lado, aprieta las mandíbulas.

—Está más allá de lo que podemos entender —él parece también a punto de llorar.

—¿Junie? —la voz de Ryan me saca de mi trance. Ha pasado un buen rato. No hemos dormido. Estamos tendidos en la cama, abrazados. El sol ya se ha puesto y la habitación está oscura. Sostiene algo ante sí:

—Tu regalo.

Es una pequeña esfera de cristal que contiene una escena de esquí invernal. Cuando lo miro más de cerca, veo que el esquiador es en realidad un conejo.

—Es Alva —dice Ryan—. O Adi —sonríe—, cuando fueron de vacaciones.

Trato de responder a su sonrisa pero mi boca se resiste.

—Gracias — le digo—. Es perfecto —y pienso en la billetera con un conejo que tengo en casa, y en cómo la pedí especialmente para él, hecha a mano, de una tienda de productos artesanales, y en lo emocionada que estaba cuando la recibí. Pienso en todo el tiempo que estuve pensando si comprarle un regalo que hiciera referencia a ese chiste privado sería demasiado. Y también pensé durante bastante tiempo si pedirla con un conejo o con dos.

Recuerdo a la chica que sólo tenía esas preocupaciones. Y me parece que fue hace un millón de años.

Bajamos de nuevo. La cocina está cálida y llena de luz y huele a cebollas dulces. Hay música que brota del elegante altavoz que está sobre la mesa de la cocina, detrás del fregadero: algo instrumental y alegre, con mucha percusión. Marissa está sentada en la mesa de la cocina, con su ordenador. Mac, el hermano mayor de Marissa y Ryan, también está ahí, en la isla de la cocina. Hay una maraña de pimientos y cebollas chisporroteando en una sartén, frente a él.

Mac tiene 19 años y es distinto al resto de su familia. Los demás encajan con tanta facilidad en el mundo... su amplia y bonita casa, sus alegres cenas en familia, sus sonrisas despreocupadas. Incluso Ryan es así, aunque a veces creo que quisiera no serlo. Es un pequeño mundo agradable para visitar, pero siempre me he sentido como una visitante. A veces es como si Mac se sintiera igual que yo. Se graduó de bachillerato el año pasado, y se fue a Europa con su banda. Regresó hace un par de meses y está montando una compañía con sus amigos, una cosa relacionada con tecnología y producción de cine que supuestamente es un secreto. Vive acompañado en un piso en el centro de Filadelfia, pero viene de vez en cuando para cenar. Siempre me da la sensación de que tiene

una especie de vida secreta, a lo mejor en ese mundo al que yo solía pertenecer antes de conocer a Ryan, cuando mi vida giraba alrededor de Delia.

—Mamá está en el gimnasio y papá se va a quedar hasta tarde en la oficina —dice Mac—. Aquí hay comida, si queréis, chicos —nos pasa a cada uno un plato con un montón de gambas a la plancha salteadas con pimienta y cebolla. Pone una bandeja con tortillas en el centro de la mesita de la sala, y la rodea con nata agria y guacamole casero. Mac cocina muy bien, pero en este momento la sola idea de comer me parece un disparate. Pero no tanto como la idea de que Delia esté muerta, ésa sí que no tiene el menor sentido.

Me siento con el plato sobre las piernas, y a duras penas me muevo.

Delia devoraba la vida a dentelladas, a bocados hambrientos. Las cosas nunca fueron fáciles para ella... había asuntos difíciles en su familia, tan difíciles que a lo mejor la marcaron hasta en su forma de pensar. Pero no importaba lo mal que anduvieran las cosas, ella jamás hubiera decidido dejar este mundo si aún había oportunidad de cambiarlas. Y siempre pueden cambiar. Siempre hay esperanza. La Delia que yo conocí lo sabía. Entonces, ¿qué diablos sucedió?

Nadie dice gran cosa durante la cena. Ryan se come mis cebollas y me pasa su guacamole. Como apenas un bocado. Cuando ellos tres terminan, Ryan se lleva los platos a la cocina para meterlos en el lavavajillas, y Marissa sube a su habitación. Quedamos sólo Mac y yo. Se acerca al sofá donde estoy sentada y se inclina, para hablarme en voz baja:

—Han organizado algo en recuerdo suyo para esta noche —confiesa—. Sus amigos de Bryson, quiero decir.

Miro fijamente a Mac. Me pregunto si me lo dice a propósito cuando Ryan no está presente. Me pregunto si, quizá, Ryan le habrá contado lo que sucedió hace tanto tiempo.

—¿Dónde? —pregunto.

Mac niega con la cabeza.

—Lo lamento. Quisiera poder decírtelo, pero sólo oí que se iban a reunir en su lugar favorito. Y no sé dónde será eso.

Me limito a asentir y casi se me escapa una sonrisa... porque yo sí lo sé.

Capítulo 5

2 años, 5 meses y 24 días antes

Para cuando Delia y June llegaron a la presa, los chicos ya estaban allí.

Delia enganchó su brazo al de June.

—No te pongas nerviosa —susurró—. Siempre puedes cambiar de idea —hablaba con ese tono afectuoso de voz dulce que sólo usaba con June y con su gato.

Pero June negó con la cabeza.

—Quiero terminar con esto de una vez —era el verano previo a entrar en el instituto, y June había decidido que ya era el momento..

Delia dejó escapar una risotada.

—Bueno, ésa es una manera de verlo.

Siguieron acercándose a la orilla, y June podía oír a los demás... el sonido de las risas, el entrechocar de las botellas, la música que salía de algún teléfono. Según Delia, solían estar allí casi todas las noches durante el verano. Todos estaban en Bryson, la escuela a la que Delia hubiera tenido que ir si no hubiera convencido de decir a su madre en el distrito escolar que aún seguían viviendo en su antigua casa, a pesar de que ya se habían mudado con su padrastro.

—En Bryson por lo general son más atractivos —le había dicho Delia—. Tienen una pinta más de *skaters* que de futbolistas, y por eso es mejor no ir a clase con ellos. Así no tiene uno que verlos por las mañanas cuando acaban de reventarse los granos del rostro al salir de la ducha, ni oler sus pedos con aroma a café, y no tener más remedio que encontrarlos repugnantes para siempre.

Así que cuando June confesó que no quería empezar el instituto sin haber besado a alguien, Delia hizo un chiste sobre besarla ella misma, se rio y luego dijo: *Entonces, que sea con uno de Bryson*, como si nada. Normalmente Delia decía las cosas con tanta seguridad que sus ideas y opiniones parecían hechos. Por supuesto que ella había besado a muchos chicos. Once, según el último conteo.

Avanzaron hacia la pequeña fogata y se detuvieron. Delia estiró el brazo para tocar el hombro de uno de los chicos y, sin decir nada, le arrebató la botella de cerveza de la mano. Luego retrocedió y fue a sentarse en una piedra. Se mantuvo a distancia del fuego. Como hacía siempre. El fuego era la única cosa en el mundo que la asustaba.

—¡Hola, D! —dijo el tipo sin darse la vuelta. Tenía el pelo largo y le caía sobre los ojos, y llevaba una camiseta a rayas blancas y negras.

—¡Hola, chicos! —dijo Delia—. Os presento a June —se volvió hacia ella y le pasó la cerveza—. June, no logro recordar el nombre de ninguno de ellos. En realidad no importa —Delia le sonrió. Estaba jugando a su juego, ése en el que mostraba que nada le importaba, y que tanto les gustaba a los chicos. June sostuvo la cerveza con fuerza, para disimular el temblor de sus manos. Fingió beber un trago, y los miró.

Eran cuatro: uno, que estaba sin camisa, parecía flaco pero musculoso; dos tenían camisetas negras y parecían duros e interesantes, y el dueño de la cerveza que tenía en la mano. Lo observó quitarse el pelo del rostro. Tenía un tatuaje en la muñeca, en el lugar donde tendría que ir un reloj, un símbolo semejante a un ocho, pero no estaba segura. Lo vio mirarla, y a la luz de la fogata le pareció detectar un asomo de sonrisa.

—Dinos la verdad, June —dijo el que no tenía camisa—. ¿Delia te paga para que le hagas compañía?

—No —dijo June—. Soy su amiga imaginaria.

No tenía idea de lo que iba a decir, hasta que las palabras le salieron de la boca. Cuando estaba con Delia, era una versión diferente, mejor y más ingeniosa de sí misma. Como si de verdad fuera alguien que Delia hubiera imaginado.

Todos los muchachos se rieron. Y por un momento June se sintió mal, a lo mejor no estaba bien unirse a las bromas de los chicos. Pero Delia también reía, y parecía muy orgullosa, tanto que rodeó a June con el brazo.

—Si es así, ¿por qué podemos verte? —preguntó el que no tenía camisa.

—Será que tiene una imaginación muy poderosa —dijo el de la camiseta a rayas—, y muy sucia —miraba directamente a June, que se sintió sonrojar, y agradeció que estuviera oscuro. Le gustaba el sonido de su voz, sexy pero juguetona, como si, al mismo tiempo que decía eso, estuviera haciendo un chiste sobre quien lo decía, todo a la vez.

June observó a Delia, que miraba a cada uno de los chicos. Le hizo un leve ademán con la cabeza a June. Ése. Un minuto después, cuando los muchachos las invitaron a sentarse con ellos, Delia se las arregló para que June y el de la camiseta a

rayas quedaran juntos. Y entonces, un minuto después, Delia caminó hacia el agua.

—¡Eh! —gritó—. Los que no vengan son unas nenazas —y todos la vieron desnudarse hasta quedarse en ropa interior, para luego trepar a las rocas de la orilla y lanzarse al agua.

—Es mejor que vayamos y comprobemos si se ha matado —dijo el chico sin camisa, aunque ya podían oírla salpicando en el agua y llamándolos para que fueran con ella. El chico sin camisa se levantó, y también los dos de negro. El de la camiseta a rayas se quedó.

—La próxima vez que bebas agua del fregadero de tu cocina —dijo el chico sin camisa—, ¡recuerda que mis pelotas estuvieron ahí! —saltó desde el borde de la roca, y los otros lo siguieron.

Entonces June y el de la camiseta a rayas se quedaron solos, tal como Delia lo había planeado. El chico se inclinó para apoyar los codos en sus rodillas. June pudo ver el tatuaje de nuevo. Estaba cubierto con una película plástica. Se frotó como queriendo que ella lo notara.

—Me lo hice hace un par de días —dijo—, y todavía me pica.

—¿Tiene algún significado?

—Sí —contestó él. Y June no supo si debía seguir preguntando.

Cogió un palito delgado y empezó a meter el extremo entre las llamas. Cómo hubiera querido que Delia estuviera allí en lugar de estar en el agua. El corazón de June latía con fuerza. Se sentía pequeña y asustada. Pero sabía lo que tenía que hacer. Era ahora o nunca. Cerró los ojos e imaginó a Delia asintiendo. Ése.

June tomó aire y se volvió hacia el chico para agarrarlo

por el cuello de la camiseta. Con un solo movimiento tiró de él hasta que sus labios se tocaron.

Durante un horrible instante, él se quedó así, con los labios flojos. Su boca estaba fría y tenía un regusto a cerveza, y June pensó en los peces del fondo de la presa que a veces les mordisqueaban los dedos de los pies cuando iban a nadar, y en que besar a uno de ellos debía ser algo como esto. Pero medio segundo después, el chico empezó a responder a su beso, y un segundo más tarde empujó los labios de ella con su lengua. Ella abrió la boca y la dejó entrar.

Éste es mi primer beso, pensó. Me están dando mi primer beso.

Sin embargo, no lo percibía como algo sofisticado o agradable y ni siquiera bueno. Era raro e incluso asqueroso. Pero como ya lo estaba haciendo, continuó. Y de repente se dio cuenta de una cosa: de ahora en adelante, no importaba cuántas veces la besaran, ni quién la besara o el significado de esos besos, éste era el primero de todos, ahí en la oscuridad, con un chico sin nombre. Él siempre sería el primero.

El chico levantó una mano y la apoyó sobre uno de sus pechos. La mano parecía pequeña, daba la desagradable sensación de ser la de un niño. June se dijo que a lo mejor debería detenerse y hacer como si nada hubiera ocurrido, pero no sabía bien cómo.

Poco después, Delia y los demás estaban de regreso, trepando por las rocas, empapados de agua, temblorosos. June y el de la camiseta a rayas se separaron cuando los otros se acercaron.

El que no tenía camisa gritó:

—¡Uy! ¡Vaya! —y empezó a retroceder.

Pero Delia se quedó donde estaba, exprimiéndose el cabello. Miraba fijamente a June, y sintió que iba a llorar.

—Ven aquí, D —dijo uno de los chicos—. Me parece que nuestro colega y tu amiga imaginaria necesitan estar solos.

—¿Cómo estaba el agua? —preguntó June. Trató de sonar relajada, pero esperaba que ella entendiera todo lo que no podía decir. Que dedujera qué era lo que andaba mal y lo arreglara.

Delia levantó el dedo meñique y se lo llevó a la boca, para pasárselo por los labios. Miraba a June a los ojos.

June se llevó una mano a la oreja y se la rascó. Era la señal.

Al instante, Delia miró de reojo su teléfono y dijo en voz alta, con un tono que sólo June podía saber que era falso:

—Nos tenemos que ir. Lo siento, Junie, mi madre se ha dado cuenta de que no estamos y me va a matar.

June se puso de pie de inmediato.

—¡Qué fastidio! —dijo el que no tenía camisa.

—¡Padres! —dijo otro.

—¿Vendrás otro día? —le preguntó el de la camiseta a rayas. Y June asintió, sin sentirlo y sin mirarlo siquiera.

Se alejaron en silencio. Delia sostuvo la mano de June a lo largo de todo el camino. Y nunca volvió a hablar del tema.

Capítulo 6

Cuando llego a casa, todo está oscuro, pero distingo el ruido del televisor a través de la puerta de la habitación de mi madre. Son más de las nueve y no está en el trabajo. Eso significa que está ebria, y no hay mucho más qué decir al respecto. Desde hace ya tiempo me he acostumbrado a que las cosas sean así. En general, trato de no pensar mucho en ello. Pero al subir las estrechas escaleras, en un instante de debilidad me permito imaginar lo que sería si pudiera llamar a su puerta y contarle lo que ha sucedido. La imagino abrazándome como lo hizo la madre de Ryan. La imagino diciéndome que todo saldrá bien. Siento una oleada de algo, tal vez añoranza. Me la sacudo de encima. Mi madre nunca haría eso. Y si lo hiciera, yo no la creería.

Entro en mi habitación, me arrodillo en el suelo y empiezo a sacar cosas de los cajones. En ese momento estoy en calma de nuevo, una calma distante y extraña, como si no estuviera aquí ahora.

Ryan trató de convencerme de que me quedara en su casa. *A mis padres no les importará, dijo, dadas las circunstancias...* Su voz era dulce y suave, y aunque a duras penas pude sentir algo, supe que en otro momento me habría hecho feliz

que él quisiera que me quedara. Y una parte de mí deseaba de verdad poder hacerlo, poder sentarme en el sofá de la sala de su casa, donde todo parece seguro y bueno. Cuando su padre llegara a la casa haría chistes malos y pondría el telediario. Besaría a la madre de Ryan en los labios y Ryan, al verlo, torcería los ojos divertido. Después Marissa prepararía palomitas de maíz con toneladas del aerosol con sabor a mantequilla que le encanta, y nos sentaríamos todos juntos. Dejaría que su normalidad me envolviera. Podría fingir que nada de esto ha sucedido.

—Debería irme a casa —le dije a Ryan—, para pasar un rato sola, creo —y él pareció entenderlo, o al menos creyó que así era. Me acompañó hasta mi coche y se quedó mirando mientras me alejaba. Sola. Me sentí mal por mentirle, pero no tenía otra salida.

Ahora, en mi habitación, me desvisto. Saco un par de medias negras de lana gruesa. Me las pongo debajo de los vaqueros. Me pongo las botas grises oscuras de cuero y me ato los cordones. E intento con todas mis fuerzas no pensar en nada, no pensar adónde voy ni por qué.

Revuelvo en mis cajones hasta dar con lo que busco. El suéter verde oscuro, con hebras doradas muy finas. Era de Delia. No me lo he puesto desde hace mucho tiempo. Me lo regaló cuando las cosas estaban bien entre nosotras.

—Cuando me lo pongo, me veo con cara de enferma —dijo, y me lo tiró en las manos—. Sálvame de eso, por favor —Delia siempre hacía cosas así, generosas, y luego se comportaba como si no fuera nada. Como si uno le hiciera un favor al aceptar cualquier cosa que ella le diera.

Es de lejos el suéter más bonito que tengo. Me lo pongo, debajo de mi chaqueta, y una bufanda negra casi del tamaño

de una manta, porque estamos en enero y sé que hará frío a la orilla de la presa.

Aparco en una especie de nicho que hay al lado de la carretera y me bajo del automóvil. Hace años que no vengo por aquí, pero aún me sé el camino de memoria. Hay un coche frente al agujero de la puerta que lleva a la presa, y menea la cabeza. Se supone que uno debe aparcar a cierta distancia porque la entrada está prohibida. Se supone que nadie debe saber que hay alguien dentro.

Me meto por el hoyo de la alambrada y camino por el estrecho sendero de tierra. Mi estómago da vueltas y vueltas. Oigo susurros, y cuando me acerco se vuelven palabras.

—¿No eres capaz de encender una fogata? —pregunta una voz masculina—. Hace demasiado frío.

—¡Vete a la mierda! —dice otra voz—. Yo fui *boy scout*... sé cómo hacerlo.

—¿En serio? —dos voces ríen—. ¿Te dan insignias por saber liar un porro?

Ya puedo distinguirlos, un pequeño grupo apiñado alrededor del lugar para encender fogatas. Hay una figura inclinada que acerca un mechero a una pila de ramitas. Se encienden a duras penas y unas delgadas tiras de humo ascienden, rizándose.

Mis ojos empiezan a adaptarse y, a la luz de la enorme luna resplandeciente, puedo vislumbrar cazadoras de cuero, chaquetones militares, gorros y guantes, nubecitas blancas que se forman con sus alientos en el aire gélido.

Me acerco por detrás del grupo, con el corazón latiendo rápido. Éste no es mi sitio, aquí entre sus amigos.

—¡Hola! —digo. Un par de personas se vuelven ligeramente.

Me abro un espacio en el círculo, entre un tipo alto y flaco y una chica alta de cabello corto y oscuro, con los labios tan rojos que puedo verlos a la luz de la luna.

Alguien saca vodka, del barato que viene en una botella grande de plástico.

—Por Delia —dice uno de los tipos—, una chica que sabía beber.

—Por Delia —responden los demás. Y luego hay un ruido de líquido que cae, cuando alguien vuelca la botella en el suelo. Y siento una profunda oleada de tristeza: éste es el adiós, nada más y nada menos, unas cuantas personas de pie en una helada noche de enero, derramando alcohol barato sobre la tierra helada. Pasan la botella y le dan largos sorbos. ¿Quiénes eran ellos en la vida de Delia? ¿Cuánto la conocían? ¿Cuánto les importaba?

Cuando me llega la botella, la sostengo lejos de mi rostro para no tener que oler su contenido. No sé cómo empezar, pero sé que ésta puede ser mi única oportunidad de obtener respuestas, así que de alguna forma hay que dar el primer paso.

—¿Delia estaba metida en líos? —mi voz suena hueca y rara.

—¿De qué hablas? —un tipo se vuelve hacia mí.

—Pregunto que si Delia estaba en problemas.

—¿Y tú quién eres?

—Soy June, una amiga —digo. Y me siento como una mentirosa.

Se hace un silencio.

—Delia no estaba en problemas. Ella era el problema —dice el tipo. Se nota que él mismo considera que su respues-

ta ha sido extremadamente ingeniosa. Lo odio, quienquiera que sea.

Alguien deja escapar una risita. Continúo:

—Pero algo debía andar mal —digo—, para que ella...

—Bueno, evidentemente —interviene otro—, por lo general, nadie que esté bien se suicida.

—Y ella no era el tipo de persona para andar comentando esas cosas.

—Si la hubieras conocido bien, lo sabrías —alguien tiende una mano y coge la botella que tengo—. Delia no le contaba a nadie sus asuntos personales.

No es así, quisiera gritar. A mí siempre me los contaba.

—Oye —dice otra voz, una voz femenina y más amable que las demás, con un leve acento sureño. Pero antes de que pueda decir cualquier cosa, una luz brillante se cuele por entre los árboles e ilumina los rostros, uno por uno. Dos puertas de coche se cierran de golpe y los haces de luz de dos linternas resplandecen en la noche.

—Mierda —dice alguien—. La policía.

—¿O los de Tig? —pregunta uno de los tipos.

¿Los de Tigre?

Luego se oye otra voz, profunda y baja:

—Yo me largo, muchas gracias.

Y de repente hay un frenesí de movimiento: todos corren en todas direcciones. La adrenalina me inunda las venas, pero me obligo a quedarme donde estoy. Hay algo que ninguno de ellos parece saber, y que Delia nunca entendió: si corres, te perseguirán; si te quedas y peleas, puedes perder. A veces, cuando hay peligro, lo mejor es encogerse sobre uno mismo y esperar. Me alejo a pasitos silenciosos hacia el agua, trepo por encima de la enorme roca y me agacho.

Hay mucha paz ahí, la conmoción se queda atrás, la luna se refleja en la lisa superficie del agua.

Me vuelvo y miro hacia la carretera. Las puertas de la patrulla de policía están abiertas, la luz sale a raudales por ella. Veo la silueta de uno de los policías sosteniendo una botella ante sí. Alguien ha sido lo suficientemente idiota como para llevarla consigo.

Me quedo donde estoy durante un largo rato, mientras piden nombres y ponen multas. A uno se lo llevan a la parte trasera de la patrulla, y los demás se van, en sus coches o en los de quien los trajo.

Y estoy sola de nuevo. Y tengo miedo. Y esta vez ni siquiera sé por qué. Empiezo a subir hacia la carretera. La punta de mi bota se enreda en una raíz y tropiezo, pero logro enderezarme antes de llegar al suelo. El corazón me martillea, y no sé si se debe a que casi me he caído o a algo más. Sigo adelante, en silencio, con cuidado. Puedo oír mi respiración y el viento y los latidos de mi corazón.

Entonces, unas pisadas.

Hay alguien más. Veo un cuadrado luminoso azul que alumbra.

Quisiera darme la vuelta y salir corriendo pero sé que, al hacerlo, esta persona me oiría. Me obligo a respirar hondo. Quien quiera que sea debe haber venido por esta especie de homenaje, al igual que yo. En todo caso, me llevo la mano al bolsillo y cierro el puño alrededor de mis llaves, cuidando que la parte metálica y afilada sobresalga entre mis dedos. La luz azul brilla de nuevo y se detiene sobre mí.

—¿Hola? —dice una voz. Es grave y de chico. Las pisadas se acercan—. Por favor —sigue—, espera.

Está cerca. Sostiene el teléfono frente a su rostro y eso

hace que se ilumine. Mandíbula protuberante, boca delgada, nariz corta. Sé a quien pertenecen. Sé quién es.

Lo vi con Delia hace unos meses, en el aparcamiento de la escuela. Recuerdo que los observé con curiosidad de enterarme qué había entre ella y este tipo que no era para nada su tipo. Era un luchador, no muy alto sino ancho y macizo, como un bulldog. Y tenía un aspecto sano también. Delia le había saltado a la espalda, se había aferrado a él con brazos y piernas, y él salió corriendo por el aparcamiento muy rápido, como si ella no pesara nada.

—Me llamo Jeremiah —dice—. Te reconozco.

—Vamos a la misma escuela —respondo, porque a veces cuando encuentro a gente de mi instituto en la calle tengo que decirles eso.

Jeremiah niega.

—No me refiero a eso. Te reconozco de una foto que ella tenía en su habitación, las dos llevabais sombreros. Hablaba de ti. Eres June...

—Pero si nosotros... —sé exactamente a qué foto se refiere porque tengo una copia. La mía está en el fondo de mi armario y no la he visto desde hace mucho tiempo.

—Lo lamento pero llegas tarde. Para el homenaje, digo. Había gente aquí hace poco —trato de calmar mi corazón al galope—, pero llegó la policía.

—Ya lo sé. Lo he visto todo.

—No bajaste.

—No he venido para beber con éstos —hace una pausa—. Quería respuestas.

Detecto algo en su voz que me golpea en el pecho.

—Yo también. Quisiera saber por qué lo hizo.

El viento silba. Me arrebujó en mi chaqueta.

—Ella no se suicidó, June —Jeremiah se inclina hacia mí—. La mataron.

Un chorro de energía al rojo vivo me recorre. Miro su rostro fijamente, medio iluminada por esa gran luna amarilla.

—¿De qué hablas?

—Andaba con un montón de gente desquiciada. No le temía a nada ni a nadie, aunque quizá debió hacerlo. No se hubiera matado, y si da la impresión de que fue así... —hace una pausa— tal vez es porque alguien se preocupó de que lo pareciera.

Busco algo a qué aferrarme, pero no hay nada más que aire.

—Así que tenemos que averiguar quién lo hizo —concluye—, porque nadie más va a hacerlo.

—Pero si alguien... o sea... Tenemos que ir a la policía —agrego.

—Ya lo he hecho, y no están dispuestos a escuchar nada. Me dieron el gusto de prestarme atención durante unos minutos y luego me entregaron unos folletos sobre la pérdida de los seres queridos y me mandaron a mi casa —Jeremiah se inclina de nuevo hacia mí—. Tenemos que hacer las averiguaciones entre nosotros.

Sus palabras resuenan en mis oídos.

—Tú eres la única otra persona que se interesa lo suficiente por hacer las preguntas correctas.

A duras penas consigo respirar.

—Ella nunca se haría a sí misma lo que dicen que hizo —continúa.

—¿Pero qué es lo que dicen?

Jeremiah aguarda en silencio durante un largo rato.

—Ven —me dice al fin—. Tengo que mostrarte algo.

Capítulo 7

Sigo a Jeremiah de regreso a la carretera. *¿Qué diablos estoy haciendo?*

Me siento en medio de un sueño. *Este chico está loco de tristeza. Tal vez no debería seguirlo.*

Nos subimos a nuestros vehículos.

Abro mi coche y subo. Cierro la puerta.

Nos alejamos por carreteras estrechas y llenas de curvas. Subimos a Beacon y bajamos por McKenna para seguir por Red Bridge. Parece que vamos directamente a casa de Delia pero, en lugar de aparcar enfrente, Jeremiah da un giro brusco en el callejón sin salida que va a dar al bosque detrás de la casa. Aparca, y yo hago lo mismo detrás de él.

Durante unos instantes, me quedo sentada en la noche silenciosa, las únicas luces provienen de los círculos amarillos del porche de alguna casa. Cierro los ojos con fuerza y me aprieto el pecho con una mano. No he andado por estos lugares desde hace más de un año. Solía venir aquí casi todos los días. La sentía más como mi casa que la mía propia.

Abro la puerta y me bajo. Jeremiah me está esperando. Obligo a los recuerdos a retroceder. En este momento no me puedo enfrentar a ellos.

—Hay que bajar por el bosque —me dice en voz baja.

Sostiene su móvil en alto otra vez, y enciende la luz azul. Sin decir más, se adentra por el pastizal que hay entre las casas y se pierde en los árboles.

Lo sigo. La oscuridad nos envuelve. Las hojas crujen bajo nuestros pies. Respiro con dificultad. El aire entra, sale, entra. Y es entonces cuando percibo el olor: ese olor extraño que no logro entender. Era tenue al principio, pero al acercarnos al final del bosque me golpea de lleno como un puñetazo en la cara. Hay madera y hojas quemadas, hule chamuscado, plástico derretido, gasolina. Me tapo nariz y boca con la bufanda. Pero no sirve de nada, así de penetrante es el hedor.

—¿Qué diablos es eso? —pregunto.

Estamos en el fondo del patio trasero de la casa de Delia. Jeremiah ilumina con su teléfono los restos de una estructura sobre el césped. No distingo qué es.

—Dicen que así lo hizo —explica.

—¿Que ella...? —me interrumpo. De repente recuerdo: aquí es donde estaba el cobertizo del padrastro de Delia. *Lo utiliza para encerrarse a beber y masturbarse*, decía ella. Y ahora me doy cuenta de que lo que estoy viendo son sus restos: media pared, un marco de metal y una pila de cosas quemadas.

Jeremiah se vuelve hacia mí.

—Así dicen que se suicidó Delia. Que se prendió fuego aquí.

Respiro. Puedo percibir el sabor. Mis piernas comienzan a temblar.

—Dicen que había leña dentro, que la regó con combustible de mechero, que se empapó también ella y que le prendió fuego a todo. Una llamarada y todo ocurrió.

Siento el calor que me sube desde el estómago. Unas imágenes me relampaguean en la mente: Delia atrapada, las llamas a su alrededor, el miedo, los gritos.

Y todo se vuelve real. No puedo respirar. Delia, que era tan valiente y aguerrida, que le decía las cosas a la cara a cualquiera, que era capaz de lo que fuera, de ir a cualquier lugar, tenía una sola cosa que la asustaba. Los recuerdos me atropellan: me acuerdo de esa noche en que la vi encogerse ante una fogata pequeña, y que me confesó su miedo. Recuerdo esa vez en que perdió el control porque había un tipo jugando con un mechero muy cerca de ella. Recuerdo su mirada cuando me contó que a veces tenía pesadillas horribles sólo con llamas. *Si llego a tener una mientras estás aquí*, me dijo, apretándome las manos con las suyas, *prométeme que si tengo una pesadilla, me despertarás, promételo.*

Delia sólo le temía a una cosa: al fuego.

—No es posible que ella haya hecho esto —en ese momento me doy cuenta de que digo algo muy cierto.

Jeremiah asiente. Se vuelve hacia mí en la oscuridad.

—Ahora entiendes por qué necesito tu ayuda.

Estamos junto a mi coche, los dos. Y estoy a punto de perder el control por completo.

—Tal vez deberíamos volver a la policía —propongo—. A lo mejor deberíamos decirles que... —estoy desesperada por agarrarme a algo.

—Ya han estado aquí. No sirve de nada intentarlo con ellos mientras no podamos contarles algo que no sepan.

—Hace tanto tiempo que no la veo... que no la veía, más bien... que no sé nada acerca de... ¿Por dónde podríamos comenzar?

—Quizá tenga una idea —se gira un poco, levanta la mano y pone un dedo enguantado en el vidrio del coche—. Hace unas semanas hice algo que no me enorgullece mucho

—dibuja un círculo en el vapor que se ha condensado en el vidrio—. Delia recibía muchas llamadas cuando estábamos juntos, y no siempre las contestaba. Supongo que yo estaba algo celoso. Ya sabes que ella no era una persona sencilla para tener como novia —las palabras se agolpan en su boca, cada vez más rápido—. Por lo general se llevaba su teléfono cuando iba al cuarto de baño, pero esta única vez, hace cosa de dos semanas, lo olvidó, me imagino. El teléfono empezó a sonar, había sonado toda la tarde. Así que, no sé, en realidad no tenía intención de hacerlo pero... contesté. La persona que llamaba era un tipo, y dijo: *No sirve de nada que trates de evitarme. Sé quiénes son tus amigos, sé por dónde sales. Sé cómo encontrarte*, sonaba loco de furia. Le pregunté: *¿Quién eres y qué diablos quieres?*, pero colgó. Busqué el nombre en su lista de contactos y decía Tigger. Cuando Delia volvió del lavabo no le dije nada. Sabía que se enfadaría conmigo por meterme en sus cosas, y no quería que lo hiciera. Soy un idiota. Debí decirle algo. Mejor enfadada que... —Jeremiah hace una pausa. Sigue dibujando el mismo círculo en el vidrio. Lo borra con la mano y levanta la vista—. Si necesitamos un punto de partida, creo que debemos empezar con él.

No digo nada. Pero de repente me doy cuenta de algo:

Tigger, Tig.

Contengo la respiración.

¿Los de Tigre?

Yo me largo, muchas gracias.

Las piezas van encajando, trocitos de recuerdos que se acoplan y forman una imagen.

—¿Qué? —pregunta Jeremiah. Me mira fijamente, con la mandíbula apretada y la cabeza inclinada a un lado—. ¿Qué pasa?

Antes no estaban hablando de ningún tigre sino de Tigger.

Abro la boca para contárselo, pero un pensamiento me frena. ¿Puedo confiar en Jeremiah? ¿En un tipo al que jamás le había hablado, que antes estuvo escondido en la oscuridad, que contestó el móvil de Delia y nunca se lo dijo?

—Nada —contesto, y aprieto los labios. Pero, ¿qué es eso de *los de Tigger*? Es la clase de cosas de las que tipos como los de la presa podrían hablar en una noche de juerga. La clase de cosas que uno quiere esconder de la policía.

Y a medida que voy comprendiendo, me doy cuenta de algo más: ya sé a qué se dedica Tigger.

Capítulo 8

Antes de que saliera el sol, yo ya estaba allí, sentada dentro de mi coche en el aparcamiento de Bryson. No había dormido. Había pasado cinco horas conduciendo y pensando en Delia. Había sido igual que en Navidad, cuando estuve sola, pero esta vez me acompañaban imágenes de las que no podía deshacerme. Cada vez que parpadeaba, veía el cobertizo chamuscado y en cenizas. Cada vez que respiraba, sentía ese hedor. Encendí la radio a todo volumen y meforcé a cantar, a gritar las canciones. Eso fue lo que tuve que hacer para frenar las lágrimas que luchaban por salir.

Ahora estoy sentada, arrebujaada en mi chaqueta y mi bufanda, viendo el cielo pasar de negro a gris y luego a un azul glacial sin nubes. A las 7:20 salgo del coche y camino hacia la entrada de la escuela, a esperar la llegada de los estudiantes. Si fuera un día común y corriente, estaría muy nerviosa de pensar en lo que estoy a punto de hacer. Normalmente me angustiaria mucho eso de tener que hablar con tanta gente que no conozco, hacerles preguntas. Pero resulta que hay muchas cosas peores de las cuales asustarse.

Al fin empiezan a llegar, poco a poco... dos chicas altas con botas peludas y abrigos marineros, un tipo bajito con una

mochila enorme, tres chicos muy grandes con chaquetas de fútbol americano.

No estoy muy segura de a quién busco, pues bien poco pude distinguir anoche, pero el tipo de persona que le llama la atención a Delia nunca es difícil de encontrar.

Hay una chica toda de negro, con pelo corto y oscuro. Voy hacia ella:

—¿Conocías a Delia Cole? —le pregunto.

—¿A quién? —inclina la cabeza hacia un lado, confundida. Sonríe ligeramente. Repito la pregunta. Niega con la cabeza.

Le pregunto a un tipo con un monopatín y a dos chicas que se envuelven con una misma bufanda muy larga, un chico con una cresta a lo *mohawk* y a una docena de personas más. Todos responden que no, pero poco importa porque en alguna parte de esta escuela hay alguien que sí la conocía y no me voy a dar por vencida hasta que lo encuentre.

Veo a tres tipos que se acercan adonde estoy. Dos son altos y larguiruchos, y el otro es más bajo y macizo. Van vestidos de negro y verde y gris. Siento un cosquilleo en las tripas.

Doy un rodeo hasta quedarme detrás de ellos sin que lo noten. Están hablando, y presto atención.

—... llevarme al juzgado —dice uno.

—No puedo creer que ya estés de vuelta.

—Mi madre pagó la fianza a las dos de la mañana, y luego se puso al lado de mi cama a las seis en punto y me dijo que me levantara para ir a la escuela.

—¡Qué pesada!

—Ya te digo —resopla el primero—. Gracias por el apoyo.

—Bueno, tú fuiste el que llevó el vodka. ¿Qué querías?
¿Que te prepararan un martini?

Son los tipos de anoche.

Camino más rápido hasta coordinar mis pasos con los de ellos.

—¡Eh!

Se vuelven hacia mí. Uno sonríe levemente, me mira de arriba abajo, como suelen hacer los hombres. Siento el cabello que me revolotea por el rostro. Jamás he pensado que sea gran cosa... estatura promedio, más rellenita que flaca, ojos comunes y corrientes, nariz ordinaria, pelo rubio oscuro por encima de los hombros.

Delia siempre insistió en que yo era más atractiva de lo que pensaba. *Todos los que te miran ven algo que tú no has descubierto*, solía decirme. Pero ella era el tipo de persona que decía esas cosas, que podía pensar así, por puro cariño. Aunque tal vez estos tipos vean algo ahora... lo sé por la forma en que me miran, por la sonrisita. Parecen complacidos de verme hasta que digo:

—Vosotros sois amigos de Delia —y entonces las expresiones cambian.

Empiezan a caminar más rápido. Les sigo el paso.

—Os vi anoche —digo.

—¿Ah, sí? —responde el más alto. Se detiene y me mira fijamente—, ¿y qué quieres?

Tiene el pelo oscuro recogido en una coleta encima de la cabeza, pómulos pronunciados, una mandíbula marcada y labios gruesos. Ya de cerca me llega también un tufo agrio del alcohol de anoche que despide su piel. Los recuerdo en la orilla de la presa, bebiendo entre carcajadas.

—¿Tigger? —pregunto, en caso de que sea uno de ellos.

Guardan silencio un momento.

—¿Qué dices? —pregunta el de la coleta.

Hago una pausa.

—Estoy buscando a un tal Tigger.

—¿Tigger el que canta, *muévelo, muévelo, muévelo*? —pregunta lentamente el de la coleta.

—Búscalo en la sección de libros de Winnie de Pooh —dice otro, sonriendo irónicamente. Éste tiene un aspecto demacrado, desaliñado, con un gorro negro de lana que casi le tapa los ojos.

Aprieto los dientes e intento responder con una sonrisa.

—Busco a un tipo llamado Tigger —digo—. Pensé que a podríais conocerlo.

El demacrado y el de la coleta se miran.

—No, pues no lo conocemos —dice el demacrado, pero miente. Su voz es profunda y grave. La reconozco. Es quien dijo que Delia era el problema.

Siento que las manos me empiezan a sudar. Tengo una idea.

—Necesito algo que me lleve a él —digo—. Delia siempre era quien lo buscaba, para las dos. Y no sé adónde más ir ahora. Necesito... —hago una pausa—. Necesito que me ayudéis.

Me miran, desconfiados, los tres.

Me llevo la mano al bolsillo, donde guardo un billete bien doblado para las emergencias. Lo saco y se los extiendo con torpeza.

—Por las molestias —explico.

El de la coleta y el demacrado intercambian miradas otra vez, y sé que he metido la pata. Ahora desconfían aún más.

—¡Qué pena! No podemos ayudarte —dice el demacrado—. Que tengas un buen día —los dos altos se dan la vuelta y empiezan a caminar hacia la escuela.

Pero el bajito duda. Es más ancho que los otros dos y su rostro parece más suave, más joven. A lo mejor ha percibido la desesperación en mi voz. A lo mejor necesita el dinero de

verdad. Mira a sus amigos, que ya se han dado cuenta de que no está con ellos y se han detenido a un par de metros. Lo observan. Extiende el brazo y coge el billete.

—Mira —dice en voz baja. Mete la mano en su maletín de lona negra y saca un lápiz mordisqueado y un cuaderno verde. Tiene una calcomanía minúscula en la portada, de un pollito rechoncho con una sombrilla. Abre el cuaderno y empieza a escribir—. Hay una fiesta esta noche en su casa. Si necesitas algo, puedes conseguirlo allí —me mira a los ojos—. Pero tal vez sea mejor que no menciones el nombre de Delia.

Me obligo a respirar pausadamente, para que no se note el temblor de mi voz:

—¿Y eso por qué?

—No siempre andaban en buenos términos.

—Ya veo... —respondo—. Delia nunca me dijo...

El muchacho se encoge de hombros.

—No sé qué habrá pasado. Creo que ella pudo haberle robado algo, no hace mucho. Pero si mencionas su nombre, él podría querer que le pagues lo robado. A veces se comporta así.

—Gracias por el consejo.

—No le digas a Tig que te he dicho esto. Ni tampoco que te he hablado de la fiesta.

—No hay problema —le digo, y sigo—, ni siquiera sé quién eres.

Se muerde el labio al entregarme la hoja doblada. Allí, en su muñeca, donde podría haber estado un reloj, veo algo que ya había visto y que recuerdo de una noche con Delia hace mucho tiempo: un símbolo del infinito tatuado en negro sobre la piel. Recuerdo cuando ese tatuaje estaba recién hecho y lo vi a la luz de una fogata. Recuerdo lo asustada

que estaba en ese momento, un miedo muy diferente del que siento ahora. Mis mejillas arden. Cuando levanto la vista, me está mirando.

—No —dice el del tatuaje del infinito. Me mira directo a los ojos y muestra una sonrisa apenas perceptible. ¿Se acordará?—, supongo que no lo sabes.

Desdoble el papel. Allí está la dirección: Parque Industrial Pinegrove, Bloque 7, y también mi billete doblado.

Levanto la vista. Me observa.

—Está en Macktin, a la orilla del lago.

—Gracias —le digo.

El chico del tatuaje se encoge de hombros.

—Suerte —se vuelve para alejarse, pero se detiene y regresa—. Ten cuidado. Tig... Tig no siempre es la persona más amigable del mundo.

—Sé cómo manejarlo —digo, y me encojo de hombros. Parezco más segura de lo que realmente me siento.

Me devuelve un saludo tímido con la mano y se va con sus amigos. Y yo retomo el largo y helado camino hasta el coche.

¿En qué diablos se había metido Delia?